



*Metáforas al aire,*  
 núm. 0, enero- junio, 2018.  
 pp. 45-51

# La liberación del cuerpo femenino en *Santa* de Federico Gamboa

Jesús Javier Bustamante Espadín\*

*Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte  
 contemplando cómo se viene la muerte  
 tan callando cuán presto se va el placer,  
 cómo, después de acordado, da dolor;  
 cómo, a nuestro parecer, cualquiera tiempo  
 pasado fue mejor.*

Manrique

## Resumen

*La libertad del cuerpo debería ser algo natural, sin embargo está sesgada por muchos elementos dependiendo del contexto en la que ésta se inserte. En el siguiente texto se abordará como el personaje de Santa de la obra homónima de Federico Gamboa va decidiendo sobre su cuerpo y las consecuencias que esto le conlleva al vivir en México del siglo XIX.*

Palabras Clave: Federido Gamboa, Santa.

Se ha escrito y pensado en incontables ocasiones al cuerpo como un depósito del alma, como una cárcel que se libera con la muerte, como un templo que manifiesta nuestro sentir en el mundo. Sin embargo, la relación que crea cada uno con su cuerpo ha sido determinada por el género a lo largo del tiempo, viéndose las mujeres muy limitadas por la normatividad social, y es hasta nuestros días que estas líneas han ido desapareciendo tras la búsqueda de la igualdad de género.

El término feminismo empezó a usarse a finales del siglo XIX en México y entre sus postulados primordiales

**\* Estudiante de Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

**Dentro de la moral de Chimalistac, que en México del siglo XIX no era más que un pueblo, la madurez sexual es motivo de regocijo pero al mismo tiempo está relegado al mundo secreto de lo que no se dice o comenta en la sociedad y con lo que se tiene que tener muchísimo cuidado.**

“reivindicaba la igualdad entre los sexos en lo relativo a la capacidad intelectual y a los derechos educativos de hombres y mujeres” (Cano 345) y además se pensaba que la “participación política femenina se veía si acaso como una realidad deseable, pero posible sólo en largo plazo” (Cano 345). A pesar de que esta lucha adquiría cada día mayor importancia, las costumbres machistas seguían arraigadas en el pensamiento colectivo, por ejemplo la importancia de la honra de las familias que estaba depositada en las mujeres, conservando su pureza y castidad hasta el matrimonio, y al vulnerar dicha castidad, la honra de la familia entera se veía comprometida. Es el caso de Santa, personaje de la novela homónima escrita por Federico Gamboa y publicada en 1903.

La juventud de Santa es idílica. En el pueblo donde crece la vida le sonrío, ella es joven y hermosa “su sangre joven corretea por sus venas, le tiñe las mejillas, se le acumula en los labios color granada, cual si quisiera, golosamente, darle los buenos días besándoselos mucho” (Gamboa 102). Y esto cumple con el determinismo característico del naturalismo, por ejemplo, que las cualidades y comportamiento de los personajes se vean determinadas a su entorno, en este caso el campo que está relacionado con la bondad, humildad y pureza natural de Santa:

La historia vulgar de las muchachas pobres que nacen en el campo y en el campo se crían al aire libre, entre brisas y flores; ignorantes, castas y fuertes; al cuidado de la tierra, nuestra eterna madre cariñosa; con amistades aladas, de pájaros libres de verdad, y con ilusiones tan puras, dentro de sus duros pechos de zagalas. (Gamboa 95)

Aquí se cumple el determinismo que lleva consigo el entorno y a su vez es un punto de partida para la relación de una Santa joven con su cuerpo y cómo poco a poco de manera natural va relacionándose con él.

La libertad de la sexualidad y del cuerpo mismo siempre se verán sometidos por la moral de cada pueblo, es decir, cómo dentro de sus costumbres y pensamientos permita o condene ciertos comportamientos: “La sexual es una pulsión básica de la biología humana y su sometimiento a la razón de dominio implica la entrada de las exigencias sociales y de la no libertad en lo más íntimo y recóndito del ser humano” (Arregui 415). Siendo que lo

normal sea tomado como: las niñas han de ser como deben ser por el hecho de haber nacido mujeres: delicadas, pacientes, sumisas y siempre dispuestas a hacer lo que para ellas dispongan los adultos, sin tener en cuenta en ningún caso sus iniciativas personales. En suma: ser agradables y útiles asumiendo las funciones que los varones atribuyen a su sexo (López 62).

Un ejemplo claro de este sometimiento social que, paradójicamente, es al mismo tiempo una bendición como una razón de mantenerse oculto, ocurre cuando Santa menstrua por primera vez:

–¡Madre! –dijo a Agustina en cuanto quedaron a solas–, yo debo estar muy grave, vea usted cómo me he desangrado anoche...

–¡Chist! –repuso la anciana, besándola en la frente–, esas cosas no se cuentan, sino que se callan y ocultan... ¡Es que Dios te bendice y te hace mujer! (Gamboa 107)

Dentro de la moral de Chimalistac, que en México del siglo XIX no era más que un pueblo, la madurez sexual es motivo de regocijo pero al mismo tiempo está relegado al mundo secreto de lo que no se dice o comenta en la sociedad y con lo que se tiene que tener muchísimo cuidado. Este cambio no sólo representaba una bendición oculta sino también manifiesta una vulnerabilidad latente de la honra familiar. Como ya se mencionó con anterioridad la honra estaba ligada a la protección de la virginidad de la mujer, que se mantuviese pura y casta. Por esto mismo los hermanos de Santa y Agustina procuran mucho a la niña de la casa, pero a pesar de todo ella es seducida por Marcelino que finalmente sede y toma la virginidad de Santa: “Sin responderle y sin dejar de besarla, Marcelino desfloró a Santa en una encantadora hondonada que los escondía. Y Santa, que lo adoraba, ahogó sus gritos –los que arranca a una virgen al dejar de serlo” (Gamboa 114). En este punto Santa es consciente de su cuerpo y apoderada de este pensamiento se lo entrega por completo a Marcelino en un acto de idolatría hacia éste, incluso va más allá al pronunciar:

–Te quiero tanto, que si mil virginidades poseyera y las apetecieras tú, las mil te las daría, a tu antojo, una por una, para que el encanto te durara más, o de un golpe todas, para que la dicha que en mi cuerpo

alcanzaras no lo igualaran los cuerpos de las demás mujeres que a ti han de enamorarse (Gamboa 115).

A pesar de encontrar cierta liberación de su cuerpo a través de su sexualidad, Santa sigue estando oprimida por la sociedad, por su familia, pues más allá de cualquier tipo de liberación sabe que se ha condenado y ha condenado la honra de su familia, y por mucho que ruega a Marcelino, éste la abandona y además Santa queda encinta. La opresión que trae consigo esta liberación es abrumadora, el castigo que recibirá ella y su familia por la sociedad es imperdonable, su cuerpo embarazado y abandonado se convierte en una pena: "el cuerpo no es una cosa, sino una situación: nuestra forma de captar el mundo y el esbozo de nuestros proyectos" (López 61). En este sentido el cuerpo de Santa se transforma en una situación que implica las peores penas y desventuras, una mujer que entregó su cuerpo a un hombre sin ser su marido es lo peor que le puede pasar dentro de la sociedad en la que vive y esto sería mucho más evidente si se nota la hinchazón natural de su vientre preñado. Todo esto desemboca en un repentino y evidenciador aborto:

Aquí se le embrollaban a Santa sus recuerdos, por lo que la involuntaria evocación resultaba trunca. Destacábase, sin embargo, con admirable y doliente precisión, el aborto repentino y homicida a los cuatro meses más o menos de la clandestina y pecaminosa preñez, a punto que Santa, un pie sobre el brocal del pozo, tiraba de la cuerda del cántaro, que lleno de agua, desparramándose, ascendía a ciegas. Fue un rayo. Un copioso sudar; un dolor horrible en las caderas, cerca de las ingles, y en la cintura, atrás, un dolor de tal manera lacerante que Santa soltó la cuerda, lanzó un grito y se abatió en el suelo. (Gamboa 121)

Cuatro meses ocultó secretamente bajo su piel, guardado en el vientre, el pecado que en este punto le brotó alarmantemente sobre el pozo, evidenciando a su familia que su cuerpo era suyo, que sus pulsiones sexuales obedecieron a su naturaleza biológica. Santa, humillada sale de su casa y con un manejo de ignorancia y despecho recurre a Elvira que antes ya le había ofrecido trabajar con ella. A partir de aquí Santa renuncia a sí misma y a su cuerpo, a lo



que incluso el determinismo propio de la obra lo describiría como su sentencia de muerte, “la idea de la muerte, tampoco advertida por la crítica, la que se destaca y señorea en la obra. Como pecadora, Santa se convierte en su símbolo y en su presa desde el momento en que llega al prostíbulo” (García 291).

A pesar de esta silenciosa renuncia, es un proceso y esto ocurre gradualmente y con diferentes experiencias y perspectivas de Santa. Al principio se altera por la invasión repentina de su espacio personal: “–También soy de la casa –explicó Santa–, desde hoy que... ¡ay! –gritó interrumpiéndose, al sentirse abrazada por la cintura. [...] uno de aquellos caballeros, incitado por la deliciosa línea de cadera de Santa, había llegado por detrás de la muchacha desapercibida” (Gamboa 89).

Aún había algo dentro de Santa que le impedía renunciar por completo a sí misma, a entregar su cuerpo para los deleites del que tuviese el dinero para pagar su encanto. Sin embargo, la creciente demanda por la belleza de Santa le otorgó halago y una sensación de triunfo que apelaba al orgullo de su cuerpo, una recompensa fútil mezclada con la libertad de su sexualidad: “La gratificación sexual, objetivo irrenunciable del programa del principio del placer, pasa en nuestros días a convertirse en medio privilegiado para lograr satisfacer el principio de realidad” (Arregui 416). Santa llega incluso al punto de sentirse empoderada por los halagos y la demanda, considerándose a sí misma como “una reina de la entera ciudad corrompida; florecencia magnífica de la metrópoli secular y bella, con lagos para sus arrullos y volcanes para sus iras, pero pecadora, cien veces pecadora” (Gamboa 166). Su realidad se convierte en este halago, en este ir y venir de los que demandaban fervientemente el sabor de su cuerpo, y sin embargo la libertad es simplemente un engaño porque sigue siendo esclava de Elvira, de sus clientes, de la sociedad misma:

Ya que era esclava de todo el mundo, ya que no se pertenecía, defendería su corazón –en el dudoso caso que algo le quedara de él– y que se conformaran con su cuerpo magnífico, resistente, desnudo de ropas y desnudo de afectos; que en él saciara el público su lasciva inmensa, feroz, inacabable; que unos se lo bendijeran y besaran, y otros se lo magullaran y maldijeran [...] (Gamboa 139)

Cuando realmente siente libertad, es cuando deja la casa de Elvira, cree que fuera de ahí, la sociedad, ella misma, dejarán de perseguirla por sus pecados, pero no es así, pues su mismo comportamiento natural determinista la lleva una y otra vez a reincidir en el pecado, el alcohol y los excesos que día a día la hundían más en su fatídico destino, súbitamente “igual a los que se pudren o apolillan y que, en un momento dado, nada puede impedirlo ni nada evitarlo, así fue el descenso de Santa rápido, devastador, tremendo” (Gamboa 306).

En sus últimos días, Santa ya no era dueña de su cuerpo, la enfermedad se había apoderado de él para estrujarlo como ningún otro amante lo hizo en su vida. Intentó por ejemplo entregarse a Hipólito: “Santa, que, a pesar de la adoptada resolución de sacrificarse, de morir a ser preciso con tal de que Hipólito gozara, fue tan espantoso su dolor, que se encabritó como se encabritan las vírgenes de los sagrados y secretos combates nupciales” (Gamboa 340).

La entrega se vio interrumpida por un abominable dolor, Santa aquí quiso ser dueña una vez más de su cuerpo como la primera vez que lo hizo con Marcelino, sin embargo fue aún más doloroso e insatisfactorio que la primera vez y sin una pizca de placer.

De esto se puede concluir que la plena libertad corporal de Santa llegó hasta la muerte, que había sido ya destinada por su trabajo: “Los simbolismos son evidentes: la casa de Elvira es la tumba en la que Santa se ha enterrado en vida, y la losa del sumidero la sella como una sepultura” (García 291). Ésta fue liberada de las penurias, de la sociedad lasciva y corrompida, del yugo acusativo de la moral acechando sus pasos, de Elvira, del Jarameño y del Rubio, incluso del amor que casi sentía obligado hacia Hipólito; su cuerpo sin vida regresó a su pueblo Chimalistac: libre.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arregui Gema, Vicente. “Cuerpo femenino y liberación. La escuela de Frankfurt y el discurso feminista”. *hémata*. Revista de Filosofía, núm. 46. España: Universidad de Sevilla, 2010. pp. 413.420. Web.
- Cano, Gabriela. “Más de un siglo de feminismo en México”. *Debate Feminista*. Ciudad de México: UNAM. 2016. Web.
- Gamboa, Federico. *Santa*. Madrid: Cátedra. 2002. Impreso.
- García Barragán, María Guadalupe. “Santa de Federico

Gamboa". Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016. Web.

Manrique, Jorge. "Obras doctrinales: coplas a la muerte de su padre". *Obra completa*. edición, prólogo y vocabulario de Augusto Cortina (ed., pról., vocabulario). Colección Austral. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Madrid: Espasa-Calpe, 1979. Web.

López Pardina, Teresa. "El cuerpo de las mujeres como locus de opresión/represión". *Investigaciones Feministas*, vol.6, núm. 60-68. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2015. Web.